

«Recordar es reconocer la actualidad de la injusticia pasada»

Entrevista a Reyes Mate

El filósofo Reyes Mate, investigador del CSIC, es un gran conocedor del «nuevo pensamiento judío». Ofreció una conferencia sobre Walter Benjamin en enero del 2005 en las *Conversaciones de filosofía* del Aula Manuel Alemán.

Daniel Barreto: ¿Dónde reside la novedad del pensamiento judío?

Reyes Mate: Este pensamiento renace entre guerras, después de la I Guerra Mundial, que tuvo un impacto entre los intelectuales, artistas y gentes de la cultura difícil de imaginar. Es como si el sueño europeo moderno, ilustrado, de construir un mundo desde la razón y la ética se hubiera venido abajo. Se había hablado de paz perpetua y llegó la guerra; de reconciliación y vinieron los nacionalismos; de racionalidad y fue servida la barbarie de los totalitarismos. Cundió entonces el convencimiento de que había que empezar de nuevo. Algunos entendieron que la reconstrucción de los ideales europeos había que hacerla desde lo marginado en esos dos siglos últimos. Eran judíos muchos de ellos. Hoy que vivimos el fenómeno de la postmodernidad que arranca de la crisis de la modernidad, aquella experiencia intelectual puede ser fecunda.

D. B.: ¿El rescate de la tradición olvidada judía puede inspirar, en tanto solidaridad con los excluidos, el rescate de otras tradiciones marginales o periféricas?

R. M.: Creo que sí. Tomemos Auschwitz. Su importancia no le viene de que fuera un asunto monstruoso entre judíos y alemanes, sino de que fue como un laboratorio del olvido puesto que fue pensado como un proyecto de olvido: no había que dejar ni rastro de ese crimen para que desapareciera de la memoria de la humanidad la significación del pueblo y de la cultura judía. Pues bien, hoy que se habla tanto de memoria, si queremos que esta no quede en un gesto sentimental o en unos recuerdos almacenados en algún museo, tenemos que acercarnos a Auschwitz, a la reflexión sobre el olvido y la memoria que ha tenido lugar allí para cargar nuestra memoria local de sentido. Es en Auschwitz donde se pone bien de manifiesto que recordar es reconocer la actualidad de la injusticia pasada y que el sufrimiento es la condición de toda verdad. Esta visión de la memoria, con claras implicaciones no solo morales sino también políticas, está siendo muy productiva en América Latina, por ejemplo a la hora de revisar críticamente el pasado de las dictaduras.

D. B.: ¿Qué significa que Walter Benjamin sea, junto a Kafka y Rosenzweig, un «avisador del fuego»?

R. M.: Les llamo así no porque fueran unos visionarios, sino porque supieron leer su tiempo y detectar en él una lógica letal que llevaba a la catástrofe. Rosenzweig decía que nuestra forma occidental de conocer —tan empeñada en reducir la riqueza del mundo o de las cosas a un único elemento que llamamos esencia— suponía una violencia que llevaba a la guerra. Benjamín relacionaba en los años treinta progreso con fascismo porque ambos tenían en común la idea de que se podía sacrificar a seres individuales en nombre de una idea o por el bienestar de la mayoría. Y no es que fuera un reaccionario. Lo que pasa es que vio a tiempo que no es lo mismo colocar al progreso como objetivo de la humanidad (que es

lo que habitualmente hacemos, sobre todo la ciencia) que a la humanidad como objetivo al que debe tender todo progreso. Kafka avisó plásticamente del peligro cuando sus personajes se transformaban en animales. No sois tratados por el poder como sujetos de derechos, venía a decir; sino como animales. Samsa, el protagonista de *La Metamorfosis*, se transforma en un bicho, que en alemán tiene el mismo nombre que el que luego darían los nazis a los judíos: *Ungeziefer*, gusanos. En aquella sociedad de intelectuales tan indiferente al sufrimiento, estos pocos pensadores merecen un capítulo aparte. Fueron los «avisadores de fuego».

D. B.: ¿Qué distingue la filosofía de la historia de Benjamin de la historiografía académica al uso?

R. M.: La memoria de la que habla Benjamin y la historiografía moderna tienen en común el interés por el pasado. Pero no lo entienden de la misma manera. La historia se refiere a hechos, mientras que la memoria se preocupa de lo que ha quedado en el camino, de lo que quedó frustrado porque no llegó a ser; es decir, se interesa por los no-hechos. Pongo un ejemplo: la historia puede contar y cuenta el derrocamiento de Allende; la memoria, sin embargo, trata de ver la historia posterior como privada de Allende, es decir, considera los hechos que luego han sucedido no como la única realidad, sino que también entiende que forma parte de ella esa experiencia fallida. Lo que la memoria pretende con esta insistencia en el pasado que no llegó a ser; es cuestionar la autoridad de los hechos que luego tuvieron lugar: Pinochet no sólo quitó a Allende de en medio, sino que nos ha privado a las generaciones posteriores de una experiencia que nos hubiese enriquecido. Y Allende es un pasado ciertamente frustrado, pero del que sabemos mucho. Piense ahora Vd. En todas esas muertes anónimas de las que nadie da cuenta: ¿podemos decir que son insignificantes? ¿Se puede construir un mundo que funcione a sus espaldas? Vd. Pregunta bien cuando en lugar de hablar de «memoria en Benjamin», dice «historia»,

porque Benjamin no quiere dejar el terreno de la historia libre para los historiadores. Él se presenta como historiador porque una historia sin memoria es mera ideología de los vencedores.

D. B.: ¿Puede hablarse de una nueva etapa en las relaciones entre judaísmo y cristianismo?

R. M.: En lo que yo puedo ver, es decir, en la reflexión filosófica, pocas novedades, pero notables. La propuesta que hace Franz Rosenzweig de entender al judaísmo y al cristianismo como dos «revelaciones» complementarias —el judaísmo como un «estar ya» y el cristianismo como un «estar de camino» o «hacer historia»— parece asustar a tirios y troyanos y, sin embargo, es un planteamiento que trasciende el interés meramente religioso. Otro caso singular son las lecturas de San Pablo, hechas desde el judaísmo, que son del máximo interés para la comprensión de Occidente. No olvidemos que Pablo es considerado como el arquitecto del cristianismo y éste, piedra básica de Occidente.